

## NOTA DEL AUTOR

LOS PERSONAJES, LOS HECHOS Y los lugares que aparecen en este libro son absolutamente reales. Las similitudes o las coincidencias que el lector encuentre con sus propias experiencias imaginarias o simbólicas serán siempre ciertas, cada una de ellas, pese a que en ocasiones le puedan parecer fruto del azar o de la contingencia.

Solo que, tal como dejó escrito Lucrecio, el orden de los elementos primordiales de la naturaleza, con las combinaciones y los movimientos que componen sus letras, le hará creer a veces que la ficción ha imitado la realidad. No es cierto; será un espejismo más de los que produce la inevitable naturaleza perdida de las cosas. La verdad que el lector va a hallar en estas páginas, la verdad escrita en minúsculas en la naturaleza, posee siempre la estructura de una ficción. Y solamente descifrando los jeroglíficos será capaz cada uno de revelar su propia verdad.

El umbral que trazamos entre la teoría y la experiencia, entre el nombre y la cosa, entre la palabra y la realidad es solo la manera que hemos adoptado de distinguir regiones en el mapa de la vida y tratar de orientarnos en un campo que no tiene ni sabe hacer estas diferencias. El lenguaje no

es una representación de la realidad, sino que forma parte de la realidad hasta darle esa forma con la que se nos presenta. Por ello, el lector hallará al final del libro unas «referencias comentadas» que actúan como andamio aparentemente «teórico» y le podrán decir cuál sería su mapa conceptual, si es que lo había.

Porque el autor, que siempre ha practicado el género del ensayo, no ha logrado aún escribir una ficción que no tenga forma de verdad porosa.

M.B.





## LA ENTRADA DEL BOSQUE

El bosque es un lugar secreto, lo que en alemán llamamos *heimlich*. Es una de esas palabras que contienen simultáneamente dos significados opuestos. El secreto es aquello en lo que se puede confiar, es la morada bien protegida, el bastión de la seguridad. Pero también es lo recóndito, y en este sentido se aproxima a lo que es inquietante y a lo que es siniestro.

ERNST JÜNGER, *Der Waldgang* (*La emboscadura*)

EN AQUEL TRAMO DEL CAMINO venía una curva que no te dejaba ver qué había después. De pronto, los neumáticos de la bicicleta comenzaban a brincar –por entonces las bicicletas no llevaban amortiguadores como ahora– y tenías que ponerte de pie sobre los pedales. Los guardabarros vibraban y rebotaban con las sacudidas de las ruedas sobre las piedras y las raíces que sobresalían. Y justo después de la curva te invadía una dulce oscuridad, llena del aire fresco de agujas de pino, de un color de aroma a musgo que lo impregnaba todo y que comenzaba a penetrar por cada uno de tus poros, subiendo por los brazos, pasando por la columna vertebral hasta salir por los orificios nasales. En ese momento sentías que acababas de entrar en otro lugar. Sentías –lo sabías– que habías entrado en el bosque. Lo sabías sin saber muy bien cómo lo sabías, ni por qué razón lo sabías. Porque, en realidad, ¿dónde empezaba el bosque? Antes de aquella curva ya había bastantes árboles como para decir que aquello era un

bosque. Pasando junto a la alberca, los castaños altivos ofrecían una buena sombra en el camino, repleto de las cáscaras espinosas que protegían las castañas y que sabías esquivar haciendo eses. Pero aquello no era el bosque, antes de la curva todavía no lo era.

Entonces, ¿dónde estaba el umbral que te hacía sentir que entrabas en aquel otro lugar? Puede que fuera porque comenzaban las vacaciones de verano y no había otro motivo aparte del calendario. Quizá aquel lugar se llamaba Junio y, dondequiera que fueras, te encontrabas también allí a poco que te fijaras. Pero cuando ibas a la playa, por ejemplo, no percibías ese umbral, no sentías que lo hubieras cruzado. La playa era también vacaciones, era el placer de la arena y de la sal en la piel, con el júbilo de dejar el colegio atrás. También podrías decir que eso era, por fin, llegar a otro lugar. Pero no era ir al Otro lugar –con mayúscula– como cuando llegabas a aquella curva que no te dejaba ver qué había después. Lo raro –ya entonces lo pensabas– era que sabías muy bien qué había después de la curva, porque ya habías hecho ese camino en bicicleta un montón de veces los veranos anteriores. Conocías muy bien aquella luz, siempre la misma, aunque cambiara el tiempo o la hora del día, con sol o nublado. Era una luz de color de vacío que lo colmaba todo de una nada extraña y que, de repente, resonaba en tu cuerpo como si le hubiesen puesto un *reverb* a la banda sonora del verano. Y, entonces, una extraña satisfacción ya conocida te ponía la piel de gallina y te erizaba el vello. Conocida, pero también distinta cada vez. Y eso la hacía aún más inesperada incluso. Semejante fenómeno no podía venir solo de fuera del cuerpo, debía venir también, necesariamente, de dentro. Pero era un «dentro» muy extraño porque solo lo encontrabas «afuera». Aquel lugar que era un «dentro» que era «afuera» merecía un nombre por sí mismo, como si se tratase de un pueblo, de una región o de un país recién descubierto, un

lugar fuera de lo común: el Bosque. Más tarde supiste que también podías entrar, en aquel «dentro» que estaba afuera, por algunos otros sitios, siempre de manera imprevisible. Querías anticiparlos, pero cada vez te veías dentro sin previo aviso, sin ninguna señal que te dijera: ahora vas a entrar. La azul transparencia al final del pasillo de aquella casa cerca del Park Güell, la sombra bajo el laurel con la fragancia lejana del heno en la masía de verano, la entrada de la bodega donde estaban las barricas de vino vacías desde hacía tiempo, vacías de tiempo. Ese «otro» lugar también lo encontrabas si ibas a otros sitios, idéntico a sí mismo y presente en sus diferencias. Sin embargo, fue después de aquella curva cuando se te hizo descifrado por primera vez. Fue solo allí donde supiste con certeza que volverías a encontrarte con él, anticipándolo.

También sentías que cruzabas aquel umbral cuando tu abuela te pedía que la acompañaras cada tarde al pinar que había al otro lado de la riera, ella a tejer, a leer y a escribir. ¿Dónde comenzaba ese otro bosque? ¿A partir de qué umbral? ¿Allí donde ya se oía la leve brisa moviendo ramas y hojas? ¿O bien allí donde percibías el olor de resina deslizándose por la corteza de los pinos? ¿O quizá allí donde tu abuela plantaba la sillita que le habías llevado atada al manillar de la bicicleta y te decía: «¡Ya hemos llegado!»? ¿Estaba allí el bosque y no un poco más hacia aquí o un poco más allá?

En nuestro país, los bosques no saben empezar y acabar como en otros países, por ejemplo en Escocia o en Alemania, donde los árboles se aproximan unos a otros de tal modo que enseguida crean una mata bien delimitada en las llanuras o en las vertientes de las montañas. Al bosque mediterráneo le gusta dispersarse y crecer de manera desordenada. Y en algunos lugares crece tan desordenadamente que lo invade todo poco a poco, sin que se note demasiado. Así, la deforestación de un lado se venga en el otro y se lleva por delante campos de

cultivo y todo lo que encuentra a su paso. Y también pueblos enteros. El bosque no sabe dónde empieza ni dónde acaba y por ello avanza por todas partes hasta que te encuentras dentro sin saberlo. Entonces, quizá no eras tú quien entraba, sino él quien se introducía en tu cuerpo, colándose por todos los orificios que encontraba. De acuerdo, pero ¿desde dónde entraba? ¿De dónde venía? ¿Desde qué Otro lugar?

La pregunta tenía, pues, todo el sentido. De hecho, era una pregunta equivalente a otra más comprometida aún: ¿dónde empezabas y dónde acababas tú mismo? ¿Acaso eras tú el único que se hacía estas preguntas un tanto extrañas? Tú eras «de ciudad»; los otros niños con los que ibas a montar en bicicleta –no, las niñas no iban– habían nacido en el pueblo y, según tú, a ellos no les hacía ninguna falta plantearse estas preguntas: para ellos ya era bastante natural lo de estar en el Bosque, sin necesidad de cruzar ningún tipo de umbral, ningún tipo de frontera. Sabían que estaban allí sin tener que preguntárselo, sin tener que preguntarse tampoco quiénes eran ellos mismos. Tú, en cambio, podías sentirte un intruso cruzando el umbral, lo que implicaba una pequeña crisis de identidad cada vez que entrabas. ¿Quién eras tú una vez atravesado el umbral? De repente, tú eras el Otro, extraño para ti mismo. ¿Podía el Bosque reunir semejante poder, el poder de hacerte Otro para ti mismo? En cualquier caso, la pregunta comenzó a tener bastante sentido como para darle vueltas y más vueltas, cada noche. No obstante, no te atreviste a hacérsela a nadie: ¿dónde empieza y dónde acaba el Bosque? ¿Dónde estaba la puerta secreta, allí donde volvías a sentir su presencia en la tuya? Era una pregunta secreta, tan secreta como la entrada del Bosque.

Unos días más tarde intentaste ir tú solo. Acudiste al lugar donde habías sentido que cruzabas el umbral con toda aquella mezcla de sensaciones. Dejaste la bicicleta justo antes de la curva y continuaste a pie hasta llegar a aquel umbral